

maghenta[®]
E D I T O R I A L

B/T PORTMAN
El gran petrolero

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

1.ª Edición

© Diego Meca, 2008.

© Maghenta, S.L.
Autovía de Madrid, Km. 315,700
50012 Zaragoza
Tel. +34 976 106 300
Fax +34 976 106 301

Depósito Legal: Z-676-08
I.S.B.N.: 978-84-935637-8-3

Impreso en Zaragoza, España.
Talleres Editoriales Cometa

B/T PORTMAN
El gran petrolero

DIEGO MECA

maghenta
COMERCIAL

A mi padre

AGRADECIMIENTOS

A Perfecto, por los entrañables ratos que pasamos juntos hablando de barcos, y las innumerables dudas que ayudó a resolver para la realización de esta obra.

A Carlos, mi editor.

A Elías, por sus infalibles consejos y el incansable ánimo con el que siempre me alentó.

A Ñoño, por cómo con él encontré respuestas a cuestiones de extraña navegación a vela.

A Patrick, por sus certeras instrucciones sobre armas de fuego.

A Yiyo, por sus concisas explicaciones sobre hidrodinámica.

Al doctor Meca, por sus aclaraciones sobre fisiología y cardiología.

A Ramón, a Luis, a Iñiqui y al Marqués, por buscar fotos.

A Adrián, por su confianza y sus magníficas fotos.

A Mayca, por sus buenos consejos y su muy laboriosa primera corrección del manuscrito.

A Malules, por su paciencia y su encanto, por las muchísimas veces que le pedí leer ésta o aquélla frase para ver cómo sonaba, por su ayuda cotidiana, por cómo leyó el primer manuscrito de un tirón cuando todavía era un tronco de leña sin desbistar, por el coraje con el que supo corregir determinadas groserías del lenguaje escrito empleado en la obra. Por su calor y su fuego. Su presencia atrapa la inspiración y me permite desarrollarla.

A Lucrecia, porque ella sí que siempre creyó de verdad mí.

A Bárbara. Su cariño es la paz de mi escritura.

Y... a... Arturo, por sus simpáticas y alentadoras cartas a mi Apartado de Correos de «Mursia».

Esta obra es fruto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad, es pura coincidencia.

*Con el viento mi esperanza navegaba.
Perdonola la mar, matola el puerto.*

LOPE DE VEGA

Cuando al salir de las tinieblas del tanque, cegado por la luz del sol, tropezó con uno de los baldes que había junto a la brazola de la escotilla derramando el galipote sobre la cubierta, la conocida mueca de fastidio descubrió por enésima vez su grotesco colmillo de oro.

—¡Me cago en tu puta calavera! No vales para estar en un barco ni valdrás en tu puta vida. ¡Inútil! —estalló Asensio Zapata *el Berbajo*, contraamaestre del *B/T Portman*, flamante y emblemático buque insignia de la compañía.

El nostramo amonestó sin contemplaciones la ineptitud marinera de Pascual Ordóñez, mozo de cubierta de tierra adentro, más acostumbrado a las labores en la huerta del pintoresco valle donde nació, que a las peligrosas faenas a bordo de un gran petrolero oceánico.

—Y tú... ¡el dios que te menea! ¿Cómo tienes la poca vergüenza de presentarte así a la guardia? Tarde y *endrogao*. ¡Subquítate de mi vista!

Vuelve a rugir exasperado al ver acercarse a Nicolás Montiel, alias *el Nico*, buen marinero, experto timonel, adicto a cualquier sustancia que le pueda intoxicar la sangre y nublar la mala conciencia.

El Nico, nada más sacar los pies de la cama, como desayuno y solución a la resaca de hachís, tabaco y whisky de la noche anterior, enciende la colilla del cenicero sobre la mesa de su pequeña y desangelada cabina. Sin lavarse la cara, se echa al gznate dos *láguenas* con tres píldoras fucsia. Su aspecto es lamentable, da pena verlo: ojos rojos, párpados hinchados y medio cerrados, no coordina bien sus movimientos, se le traba la lengua, y tiene la mente dios sabe dónde. En tierra dejó motivos para meterse en un pozo y no sacar la cabeza en mucho tiempo.

Zapata es un tipo duro y violento, pero tiene buen corazón. Esta mañana no está dispuesto a complicar y comprometer la guardia, la maniobra de limpieza de tanques, ni la integridad física del marinero toxicómano.

—Métete en el pañol de proa, aduja todos los cabos y no salgas ni para mear hasta que yo vaya. Y espero por tu bien que esté *to bien arranchao* y se note tu trabajo, porque si no, te voy a meter un vergajazo que te vas a creer que te ha *mordío* una bicha, y el *vasileta* que llevas te se va a quitar del tirón.

—Vale, vale... Sensio, no me abrases. Hoy tengo una galbana, que pa' qué las prisas.

Y así, en el fondo aliviado y agradecido, marcha como un zombi hacia el almacén de proa, lugar claroscuro con olor a pintura, a salitre y al cáñamo de las estachas con acceso desde cubierta por una porta estanca. Dentro, un tambucho deja entrar la luz del sol. A Nico le trae muy mal recuerdo la oscuridad, y el tanque del través de estribor habría estado muy, muy oscuro.

Corría el año 1973, sin destino fijo e impasible, el gran petrolero navegaba en lastre a casi dieciocho nudos, irguiendo con orgullo y soberbia la proa, desplazando poderoso sus ochenta mil toneladas de registro bruto rumbo al Cabo de Buena Esperanza.

Surcaban aguas internacionales, aguas libres, auténticamente libres, libres para todo, libres para la vida y para la muerte.

El primer oficial, don Alfonso Rojo, al que los marineros a sus espaldas llamaban *el Perro*, apareció en la cubierta. Como siempre, y en especial desde el último viaje, una tensión insoportable se apoderó del ambiente. Al contramestre, el que más lo sufría, le provocaba un rictus en la boca que acentuaba sobremanera su peculiar aspecto fiero y agresivo de lobo negro jefe de la manada. Asensio Zapata Carmona, hombre de mar veterano de muchos temporales, barcos viejos, capitanes borrachos y marineros de la más variada y peligrosa calaña, nunca jamás temió a nada ni a nadie; sin embargo, don Alfonso Rojo le helaba la sangre.

El Perro disfrutaba jodiendo al prójimo, su único objetivo en la vida. Por encima del bien y del mal, soltero y sin familia conocida, su hogar en tierra se limitaba a las cuatro paredes de un dormitorio de la Pensión La Justa, o cualquier otro de cualquier pensión de cualquier puerto. No conocía el miedo, y tan sólo con la mirada, podía hacerte sentir muy mal.

La nequicia de Alfonso Rojo iba en aumento singladura tras singladura desde que zarparon para este viaje a órdenes sin puerto de carga conocido.

Nada más tomar Cabo Tiñoso, cuando todavía podía verse con nitidez las luces de las baterías de Castillitos, a bordo se comentaba que algo tenía que haberle sucedido al Perro, y por increíble que pareciese, ese algo le hacía ser aún más malvado y peligroso.

Como en la mayoría de los petroleros, en el *Portman* nadie usaba uniforme. La empresa entregaba a cada tripulante en plantilla dos atuendos completos de faena y paseo para invierno, y otros dos para verano. Los marineros, por economía y comodidad, los utilizaban anárquicos a su antojo, combinándolos con prendas de su

propio petate, a diferencia de los oficiales, que jamás los usaban, salvo cuando algún capitán lo pedía expresa o tácitamente para recibir a las autoridades en puerto extranjero. Sin embargo, para esto como para todo, Alfonso Rojo era una excepción; él siempre llevaba uniforme, navegando, fondeados, amarrados o en tierra.

En aguas tropicales el Perro vestía de caqui beige. Camisa remangada por encima de los codos, palas impecables en las hombreras, en el cinto del pantalón sin raya el estuche de cuero de una magnífica navaja Bowie capaz de cortar un cabello en el aire. Calzaba botas de seguridad con la puntera interior reforzada en acero y cordones de piola negra envolviendo firme el tobillo.

Alfonso Rojo Vargas era un tipo de complexión atlética, alto, delgado, fibroso, muy fuerte y resistente, de cabello negro rapado como un recluta, barba tupida siempre bien rasurada, nariz romana, labios finos y ojos negros pequeños de mirada profunda. No tenía vicios. Muchos sabían de sus hazañas. En más de una ocasión algunos vieron cómo, con la sangre fría propia de un psicópata y la destreza de un luchador profesional, partía la cara sin muchos motivos a marineros camorristas en bares y tugurios portuarios de la peor ralea. Pero el verdadero peligro del Perro no era su cualidad física para pelear, no; el verdadero peligro era su maquiavélico y astuto cerebro.

Nadie a bordo sabía mucho de su vida; se conocían sus orígenes familiares y los datos de su pasaporte: soltero, nacido en Madrid en 1933, pero nada más. Cuando le llegaba el turno de vacaciones, solía renunciar a ellas. Mientras todos sus compañeros contaban los días embarcados con ansia de disfrutar del descanso en tierra, donde esperaban familia y amigos, a Alfonso Rojo le era indiferente, nunca le esperaba nada ni nadie en ningún puerto, su tétrica y oscura vida sólo estaba y tenía sentido sobre la cubierta de un barco.

—Va todo bien, don Alfonso, mañana estará limpio el tanque y podremos cargar sin pasar del francobordo ni un pelo —dijo Carmelo Medrano, marinero destacado, el más antiguo tripulante de la compañía, una rata servil y aduladora, más conocido por su alias: *el Lavativa*.

—Habla sólo cuando te pregunte, no te lo repetiré otra vez.

A Carmelo se le puso la cara blanca como el pergamino, y tuvo que hacer esfuerzos para contener los retortijones que le surgieron de pronto en el bajo vientre.

El primer oficial miró la mancha de galipote del cubo que derramó Pascual Ordóñez, y a los ojos de Zapata, sin mediar palabra, con felina agilidad, se coló por la escotilla del tanque, y en un plisplás bajó a las tinieblas, donde callado y sin descanso trabajaba Onofre Porriño.

—Calla y sigue.

Ono, como le llamaban sus amigos, siguió a su ritmo llenando baldes con los escrementos de crudo del fondo de la bodega. Al Perro le encantaba ver trabajar a los marineros en faenas penosas y arriesgadas en la oscuridad tenebrosa de la sentina. Dio dos vueltas, y con la misma agilidad y seguridad con la que bajó, subió por la resbaladiza escala enfangada de petróleo negro. Fuera, a la luz del sol, volvió a observar la mar azul a su alrededor, tan quieta que se podía ver el polvo rojo de África posado sobre las aguas.

—Antes del ocaso quiero que esté limpio todo.

Y se fue hacia la proa seguro y confiado de que sus marineros sacarían todos los restos de galipote y limpiarían la cubierta, aunque fuese lo último que hiciesen en la vida.

El capitán, don Ernesto de la Roda y González-Sicilia, decía que la sensación de libertad en la alta mar se acentúa de forma extraordinaria en aguas tropicales, por, según él, miles de razones que siempre prometió explicar y nunca jamás hizo. Por ello, en los barcos que mandaba don Ernesto se guardaba un protocolo más o menos aceptado por todos, por el cual, navegando entre los trópicos se vestía de blanco en la última comida del día. Así, las cenas al atardecer eran todo un acontecimiento, y alcanzaban un clímax de glamour y caballerosidad dignas de un palacio real, y casi de risa, cuando viajaba a bordo alguna mujer, la propia del capitán o la esposa de algún oficial; y en este viaje, éste era el caso.

Hacia ya más de diez días que el *B/T Portman* zarpó del recién construido dique de crudos de la dársena de Escombreras, el día 12 de octubre de 1973, comenzando un viaje difícil de olvidar.

Árabes e israelíes acababan de iniciar otra vez la guerra.

Salieron en lo que en la marina se conoce como un *viaje a órdenes*, sin puerto de carga conocido. Primero rumbo a Gibraltar, después a Canarias, para continuar hacia Cabo Verde y el Ecuador, y así, recibiendo por radio instrucciones hasta concluir la derrota.

Partieron con la máxima autonomía de fuel, agua dulce y víveres. Noventa y nueve días exactamente; durante los cuales podrían llegar sin recalar en ningún puerto, a cualesquiera de los cargaderos que por esas fechas existían en el mundo y que, a su vez, tuviesen conferencia con la Refinería de Petróleos de Escombreras, S.A. Uno, el más habitual, el Golfo Pérsico, el más lógico y probable; otros, los pozos de Maracaibo en el Caribe, o incluso el de Alaska, por la derrota del mítico Cabo de Hornos, o subiendo por las esclusas del Canal de Panamá. Los cargaderos soviéticos de Odessa y Novorosik en el Mar Negro, desde donde trajeron un crudo muy sulfurado y de baja calidad en el último viaje, y los del Mar del Norte, en principio, y en apariencia, habían sido desestimados.

En aquel viaje que cambiaría la vida de todos, y del que la historia hablaría de ellos y de su barco, embarcaron junto con sus cuarenta y dos tripulantes tres mujeres: la esposa del jefe de máquinas, la del radiotelegrafista y la jovencísima recién casada con el también muy joven tercer piloto, Javier de Madariaga, por primera vez con mando como tercer oficial. Él, y su reciente esposa Irene Álvarez de Osuna, habían aprovechado el viaje como un crucero para su luna de miel.

Desde uno de los portillos de estribor de la amplia cámara de oficiales, Miguel Medina, el segundo piloto, observaba la ligera brisa que se había levantado. Llegó el primero a la cena. Con desgana lucía impecable su recién planchada camisa blanca de manga corta, unos viejos aunque limpios pantalones cortos del mismo color y botas de baloncesto John Smith.

El dedo de dios ungió a Miguel Medina iluminándolo con un mechón de pelo rubio platino y con un lúcido y especial carisma. Todos anhelaban y disfrutaban con su presencia, y él, a su vez, era feliz haciendo feliz a quien estuviese a su lado. Una aureola de tranquila melancolía, y una sencillez y humildad espontánea y natural, acentuaban el sosegado atractivo seductor del piloto de la guedeja de oro.

—Hola, Miguel, ¿qué tal? —saludó Javier de Madariaga.

—Hola, Javier —se volvió el piloto para atender a su compañero.

—¿Te han contado lo último de Rojo?

—No. ¿Qué ocurre ahora?

—Se ha llevado al serbo a un marinero y le ha dado una paliza de impresión. Parece ser que fue porque lo miró mal. El pobre hombre le pidió disculpas, pero Alfonso no atendió a razones ni quiso escuchar nada, le obligó a ir al serbo y allí lo molió a palos.

Antes de que Medina pudiese decir nada, controlando su bullicio habitual, llegaron a la puerta de la cámara los tres alumnos: el agregado, don Ignacio Sabater McKinley; el alumno de radio, don Carlos Bueno, y el de máquinas, don Eduardo Ortigueira. Este último con un problema justo en mitad de la solapa del bolsillo izquierdo de su camisa: una mancha gris amarillenta del tamaño de un botón. Al poco, tras ellos, acompañando al capitán, todos los que faltaban a la cena:

Petronila Zubeldia, esposa del jefe de máquinas:

—Hola, Javier; qué tal, Miguel.

—Buenas tardes, señora.

—Buenas tardes, señora.

Elvira Mayor, esposa del radiotelegrafista:

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

Irene Álvarez, que con un tímido «hola», sin esperar respuesta, se cogió del brazo de su marido a la espera junto a las puertas de entrada a la cámara. Y tras ella, don Alberto, don José María, don Ginés, don Lope y el capitán.

Don Dámaso Quintana y don Alfonso Rojo no podían asistir a la cena, estaban de guardia. Dámaso con dos engrasadores en la sala de máquinas, y Alfonso solo, sin nadie, dominando desde lo alto en el puente de gobierno el navegar del petrolero. Ambos oficiales tenían asignados alumnos en sus respectivos turnos: el agregado para el primer piloto, y el alumno de máquinas para el primer maquinista; pero era costumbre (y en la mar las costumbres son más que leyes) que todos los alumnos asistiesen a la cena en la cámara, para marchar cada uno a su guardia nada más terminar los postres.

En la Marina mercante, las guardias de navegación en el puente, y de control de los motores en la máquina, se organizan en periodos de cuatro horas, siguiendo la hora de a bordo. Así, de 08:00 de la mañana a 12:00 es el turno del tercer oficial, de 12:00 a 16:00 el del segundo, de 16:00 a 20:00 el del primero. De 20:00 a 00:00 otra vez el tercero, de 00:00 a 04:00 del segundo, y por último, el primer oficial cierra el ciclo de 04:00 a 08:00.

Navegando, los horarios de comidas son: a las 12:30 el almuerzo, y a las 17:30 la cena, por lo que, ni el primer oficial puede compartir en la cámara la cena con el capitán y el resto de oficiales, ni el tercero el almuerzo.

Se sentaron todos a la mesa. De pie, apoyado en las copas para el agua y el vino, estaba el papelito con el menú: de primero, melón con jamón serrano (todavía quedaban más de veinte melones, cada uno en su redecilla, colgados como murciélagos del techo, en el camarote de respeto del armador); de segundo, ensaladilla rusa. Al capitán De la Roda le encantaba este plato, lo consideraba perfecto para tomarlo en los trópicos, y Pepe Ordóñez, el mayordomo, lo sabía muy bien. Sobre todo desde que en un viaje, hacía ya más de un año, con un calor infernal, navegando por el Ecuador sin aire acondicionado, don Ernesto leyó: «Primero, fabada asturiana»; en el acto lo mandó llamar para decirle: «Pepe, por favor, esta fabada estaría deliciosa para saborearla en Cangas de Onís en un frío mes de enero, pero no aquí, en la cámara de oficiales de un buque en aguas del Ecuador y a casi cuarenta grados a la sombra con el aire acondicionado fuera de servicio».

Una observación de este tipo en tierra no tendría la más mínima importancia, pero en un petrolero, navegando desde el Mediterráneo al golfo Pérsico por la derrota del Cabo de Buena Esperanza, con una tripulación de más de cuarenta hombres sin apenas otra distracción que charlar entre ellos, donde se conocía y se sabía todo lo que pudiese acontecer a bordo durante las más de sesenta y cinco singladuras que a veces duraba un viaje redondo, aquella observación solemne del capitán por una simpleza tan banal, hecha al pobre de Pepe Ordóñez de pie, delante de los oficiales sentados a la mesa, fue motivo de comentarios, sorna y cachondeo para todos los marineros durante el resto de aquel no muy lejano viaje que el mayordomo no olvidó jamás. Desde entonces, siempre que Pepe Ordóñez navegaba con el capitán De la Roda por los trópicos, un día sí y otro también ofrecía siempre en el menú ensaladilla rusa.

—Qué maravilla tomar el sol en lo más alto del todo, en el techo del puente —comentó Irene tratando vencer la timidez.

—Eso a lo que te refieres, lo llamamos la cubierta de la magistral —le aclaró con cariño su marido.

—El sol es enormemente peligroso para la salud en estas latitudes, querida, y no creo que le hiciese mucha gracia a don Ernesto entrar de arribada en Ciudad del Cabo para dejarla a usted en un hospital enferma con una terrible insolación. ¿No es cierto capitán? —intercedió Petronila.

Al capitán De la Roda le encantaba pavonearse y oír su propia voz grave y hueca exagerando algo el tono al acabar las frases. Disfrutaba sobremanera haciéndolo a bordo de su barco, para su público de clase preferente y en el mejor decorado: la cámara de oficiales, a la hora de la cena, navegando por aguas libres con la mar en calma.

Seguro y con dominio de la situación, sentenció:

—Un capitán siempre debe llevar su barco al puerto de destino en el menor tiempo posible, como si de una regata se tratase.

Y alzando por un instante la barbilla, continuó:

—Recuerdo que en mi último viaje al mando del *B/T Golger*, un tímido pero simpático alumno de radio sufrió una insolación más o menos por estas aguas, por tomar el sol en la piscina de a bordo como si estuviese en una playa del Mediterráneo; y es cierto, tuvimos que entrar de arribada en Ciudad del Cabo para dejarlo ingresado en un hospital. Le sobrevino una neumonía y casi se nos muere a bordo. ¿Recuerdas, Petronila?

El capitán De la Roda, el jefe de máquinas, Ayala, y la esposa de éste, Petronila Zubeldia, eran buenos amigos y habían coincidido juntos en el mismo barco en varias largas navegaciones anteriores.

Petronila, una mujer apenas entrada en la treintena, alta y atlética, con un cuerpo que despertaba el apetito del más apagado de los hombres a pesar de su cara de caballo y sus gafas de culo de vaso, gorgoreó en la respuesta:

—Lo recuerdo muy bien, Ernesto; qué susto pasamos y qué incordio y qué imperpetinencia de las autoridades de Sudáfrica, con qué despotismo nos trataron. Para ellos sólo son dignos de respeto los rubios de piel lechosa, ¡qué país más desagradable!

Por supuesto que Petronila lo recordaba muy bien. La tarde anterior a la noche en la que el alumno enfermó, con pronóstico grave, ella estuvo con él.

La lascivia de Petronila le obligaba a algo más que a las continuas noches de mucho sexo sin ninguna emoción que le ofrecía el aburrido de su marido.

A aquel alumno de radio de aquel barco no le pasaron desapercibidas las intenciones de aquella mujer tan hermosa y a la vez tan fea que cuando coincidía a solas con él en la piscina, adoptaba, siempre en silencio, posturas casi grotescas, pero tan provocadoras y excitantes que sus diecinueve años reaccionaban sin control para su vergüenza y desesperación, obligándole a quedar inmóvil boca abajo, achicharrado al sol sobre su toalla en la única cubierta de madera del barco.

Y así, conforme pasaban singladuras, las apariciones de Petronila en la piscina le causaban al chico efectos cada vez más fulminantes. Había fantaseado con ella en la soledad de su camarote, y la intuición y experiencia de Petronila sospechaban con certeza el íntimo secreto del muchacho.

El día en que el joven sufrió la insolación, ella, siempre en silencio, se regodeó al máximo en sus posturas y movimientos, ora extendiendo la toalla sobre la cubierta de rodillas, elevando con orgullo el trasero, ora de pie, recogiendo el pelo desde la nuca hacia arriba, mostrando descarada los magníficos pechos tersos cubiertos sólo por el minúsculo sujetador del bikini. Una vez más, la vergüenza obligó al chico a estar inmóvil tumbado al sol sobre la toalla. El calor, insufrible, no era peor que el que le encendía por dentro, sobre todo cuando, sin él quererlo, se cruzaron la mirada y ella la retuvo entreabriendo la boca y deslizando la punta de la lengua por el perfil de los labios para, sin decir adiós y con caminar de venada en celo, salir despacio del recinto exclusivo de la piscina. El muchacho quedó solo, pero tuvo que permanecer todavía un buen rato boca abajo. El trópico terminó de abrasarlo.

El tercer plato del menú de la cena era el orgullo del jefe de cocina: magníficos lomos de bacalao, perfecta y lentamente desalados, con tomate rojo y pimientos verdes fritos en aceite de oliva. Se llevaba a la mesa ligeramente tibio, casi frío, y muchos, para satisfacción del bueno del señor Félix, pedían repetir. El

querido cocinero cascarrabias, atento a los gustos de sus compañeros de tripulación, cocinaba siempre algunas raciones de más, previendo la voracidad de los más comilones.

El trabajo de a bordo, la brisa constante de la mar y los rígidos horarios de las comidas, abrían el apetito de marineros y oficiales, que compartían el mismo y succulento rancho, pero servido en entornos muy diferentes: cuatro camareros uniformados servían en la amplia y luminosa cámara del primer entrepuente; mientras en la modesta camareta el personal subalterno asistía a un autoservicio.

La cena transcurría carente de la amenidad que le hubiera gustado al capitán De la Roda, quien ni siquiera consiguió sonrojar del todo a Eduardo Ortigueira al comentar que la *medalla* que lucía en la camisa le recordaba la vergüenza ajena que pasó en la mesa de su primer barco navegando de alumno, cuando un agregado, compañero y hasta aquel día amigo suyo, se presentó sin afeitarse y el capitán, sin mirarlo si quiera, delante de todo el mundo, le pidió por favor: «Sea tan amable de afeitarse antes de venir a la mesa». «Todos pensamos que el muchacho ¡se afeitó en seco!, por lo pronto que volvió a la cámara correctamente rasurado».

—Pero... aquéllos eran otros tiempos —dijo con un tono irónico y como melancólico al terminar la anécdota, con un aire de desprecio insufrible, muy típico en él.

El capitán De la Roda era algo sádico con los débiles, con los que estaba seguro que podía derrochar toda su autoridad, y no tanto con aquellos que sabrían o podrían replicarle, aunque sólo fuese con una fugaz mirada.

A pesar de no transcurrir entretenida e interesante como otras veces, aquella cena sí era igual de larga y pausada como todas.

Serían casi las siete de la tarde cuando algo vino a quebrar la monotonía: ¡tui, tui, tui, tui! ¡tui, tui, tui, tui!, y por la megafonía la voz de Alfonso Rojo impertérrito:

—¡Hombre al agua por estribor!, ¡hombre al agua por estribor!, ¡hombre al agua por estribor!...

En el acto, todos los oficiales a una saltaron de sus asientos corriendo; los maquinistas bajaron a la máquina, los pilotos subieron al puente, el radiotelegrafista y su alumno a la radio, y las tres mujeres, no menos apresuradas, salieron a cubierta, a la banda de estribor. Allí estaban los marineros, apoyados en la tapa de regala, asomados por la borda, hablando excitados y escudriñando con la mirada la mar cercana; de inmediato, callaron al notar la presencia de las tres señoras.

—¿Cómo ha sido?, ¿qué ha pasado? —preguntó doña Petronila. Unos la miraron, otros ni eso; nadie le contestó.

La voz de «hombre al agua», había corrido como la pólvora hasta llegar al puente, donde el Perro, impassible, activó la sirena y anunció la emergencia por los altavoces indiferente a la desgracia.

El petrolero paró máquinas siguiendo las órdenes de la maniobra de Alfonso Rojo. Jadeantes, entraron por la derrota el capitán y los dos pilotos. El *Portman* viraba con toda la caña a estribor, para, lentamente, movido sólo por su inercia, formar un enorme círculo en cuyo interior debería estar el marinero caído.

El viento era flojo del noreste y la vista clara pero, a pesar de ello, nadie pudo encontrar al pobre desdichado.

A esas horas de la tarde, una enorme esfera roja buscaba cobijo tras el horizonte, tiñendo la mar de un rojo anaranjado como las fauces del infierno, y de una tétrica luz ambarina el costado de estribor del colosal navío.

Cerrado el círculo, el buque quedó inerte y al gareté. Un inconcebible silencio sepulcral lo invadió todo. El contraluz del ocaso dificultaba la visibilidad. En un primer momento no era posible dar máquina por temor a que las turbulencias de las hélices pudiesen succionar al marinero.

Sin ningún resultado, desde sotavento escrutaban la negra rojo-bronce superficie del océano, con el estertor púrpura del sol al fondo ya desaparecido bajo la línea que une y divide la mar y el cielo.

De repente... alguien chilló:

—¡Allí!

Dirigieron las miradas hacia donde, con el índice, un marinero apuntaba. Pero pronto descubrieron que tan sólo era un tablón de madera recubierto de una raída pintura blanca. Las esperanzas se desvanecían en la misma medida que aumentaba la ansiedad.

—Telégrafo avante poca.

El *B/T Portman*, al mínimo que podía dar la máquina, inició una última definitiva vuelta, para, a sabiendas del seguro fracaso, confirmar el funesto resultado de la búsqueda. Entonces...

Con la cara descompuesta, anunciando la muerte en la mirada, pidió permiso para entrar al puente Asensio Zapata; respetuoso agachó con discreción la cabeza al dirigirse a don Ernesto; y con voz ronca y queda, le dijo:

—Con su permiso, capitán; encima de una bita, en la toldilla, por la aleta de estribor hemos encontrado las zapatillas de Pascual Ordóñez, estaban encima de este sobre.

Y extendió la mano entregándole un sobre blanco cerrado tamaño octavilla, donde podía leerse, mecanografiado con letras mayúsculas: PARA EL CAPITÁN.

De la Roda, tembloroso, lo recogió y se retiró al alerón de sotavento. Allí, de espaldas a la mar, lo abrió, y después de leerlo lo guardó en el bolsillo de la camisa, abotonando con cuidado la solapa sin poder disimular el aturdimiento. Todos esperaban que dijese algo, pero nadie preguntó, nadie excepto el Perro, que insolente y como si aquello no fuese con él:

—¿Qué ponía la nota, Ernesto?

Por tradición, en la Marina mercante española de finales de los sesenta y principios de los setenta, el primer oficial era el único al que se permitía, en presencia de otros, tutear al capitán.

De la Roda hizo ademán de sobreponerse, lo miró a los ojos, intentó decir algo, pero no pudo. Vencido por la situación, inclinó la cabeza musitando:

—Vamos a continuar la maniobra; a ver si Dios quisiera que encontrásemos a este pobre muchacho.

Y durante tres grandes y lentos círculos más, muy abiertos, siguieron oteando la parda y siniestra superficie de la mar sin resultado alguno.

El agregado, Ignacio Sabater McKinley, Iñaqui McKinley para sus amigos, aferrándose con fuerza a los gruesos rebordes de la mesa de derrota, veía con sana envidia cómo, en el alerón de estribor, Alfonso Rojo compensaba con los tobillos el arfar del buque en el comienzo de un temporal que se intuía largo y duro.

Pocos marinos eran capaces de llegar a tanto muchos conseguían permanecer de pie y contrarrestar el balance en una mar con marejada, e incluso con fuerte marejada, pero muy pocos podían hacerlo con fuerte temporal, ni siquiera en un buque de trescientos metros de eslora, con la facilidad con la que lo hacía el Perro.

La borrasca empezó con olas de cuatro y cinco metros que iban a más; vientos helados del sur con rachas de cincuenta y sesenta nudos, y en aumento.

Tres corrientes cruzadas que parecían encontrarse allí: la del Canal de Mozambique, la del Golfo de Guinea y una polar de la Antártida; confluían formando una estrella de tres puntas terrible y devastadora.

El *Portman* era un juguete. Sus colosales ochenta mil toneladas de desplazamiento y su magnífica eslora, un minúsculo corcho a merced de los caprichos del océano.

Estaban al través del Cabo de Agujas, en la intersección de los dos océanos: el Índico y el Atlántico. El orgulloso petrolero levantaba la proa resoplando espuma cual si fuese una gigantesca y agónica ballena para, desde arriba, precipitarse después de unos interminables segundos en un monstruoso hachazo a la mar. Y así hora tras hora, y guardia tras guardia.

Para el espíritu infantil y la bisonñez marinera de Carlos Bueno, el alumno de radio, la belleza del temporal no dejaba de ser algo parecido a un espectáculo esperado con cierta impaciencia. Carlos, al no ser conocedor del peligro al que estaban sometidos, disfrutaba con la extraordinaria exhibición de fuerza de la naturaleza. Los terribles pantocazos que parecían descoyuntar las cuadernas, temblar como una hoja hasta la última cubierta y estremecer al más veterano de los marinos, a él le divertían. Los tenebrosos aullidos del viento helado del sur y los ensordecedores rugidos de la mar, que desagradaban a todos y amedrentaban a muchos, a él le causaban una alegre y jovial excitación.

El joven telegrafista, al salir de su primera guardia, había subido al puente y desde la derrota vio al buque desplomar la proa abriendo unos grandiosos bigotes por ambas amuras. Una ola, de unos doce metros desde lo más alto de la cresta a lo más profundo del seno, subió por encima del castillo y rompió con toda la energía de su masa en mitad del combés de la nave, barriendo la cubierta hasta reventar y desintegrarse haciendo vibrar como un diapasón toda la superestructura.

La mar blanca de espuma lo era todo para el buque; y para la mar, el barco no era nada, absolutamente nada. Una brizna invisible entre la enormidad del todo.

Transcurría la guardia de mañana del tercer oficial, Javier de Madariaga.

—Hola, Javier, ¿qué tal? Impresionante, ¿verdad? Nunca había visto nada así —saludó Carlos transmitiendo entusiasmo, como de fiesta.

Javier de Madariaga era tres años mayor que Carlos Bueno, pero estaba mucho más curtido que el utópico, romántico y soñador joven radiotelegrafista.

Al igual que Carlos nació niño y moriría siendo un niño por muchos años que cumpliera, Javier maduró en cuanto tuvo conciencia de sus actos: a sus escasos veintitrés años ya tenía la sensatez de un hombre de cuarenta.

Carlos, hablador y dicharachero, expresaba sus pensamientos a borbotones; un muchacho sencillo, con la ingenuidad e inocencia aún vivas. Anteponía sus ideales de justicia y de verdad por encima de todo, incluso por encima de él mismo, con un orgullo heroico, envidiable, arrollador y desbocado. Congeniaba muy bien con Javier de Madariaga, otro idealista, pero de un calado más profundo y complejo.

Javier era hombre de pocas palabras, tímido y reservado; por esta gran diferencia de caracteres se encontraba siempre a gusto con Carlos y le agradaba el compartir las horas de guardia con él; sentimiento recíproco al del alumno de radio que, inconsciente, encontraba en el joven tercer oficial el callado apoyo y la oculta seguridad de un hermano mayor.

—Tú ya habrás visto galernas y temporales duros en el golfo de Vizcaya, cuando faenabas en el *Aránzazu*. Pero no serían como éste, ¿verdad?

—En el *Aránzazu*, la mitad de esto se siente el triple.

—¡Joder, la hostia!, que nos vamos para abajo —exclamó excitado y sin temor el futuro oficial radiotelegrafista al descender desde la cresta de una ola tendida de casi catorce metros, hincando la proa hacia el fondo del seno.

—No blasfemes cuando hay temporal, Charly; no es bueno —pidió con amabilidad Javier.

—Vale, lo siento; no te preocupes.

Nadie a bordo lo sabía. Su personalidad era hermética y su rostro jamás reflejaba sus sentimientos. Madariaga, al igual que su padre y sus hermanos cuando se enfrentaban a una borrasca en el Cantábrico, rezaba en silencio para sus adentros, pidiéndole a Dios protección, rogando que cesase cuanto antes el mal tiempo.

Sin daños considerables, consiguieron por fin saltar el cabo de Agujas y dejar por popa la pesadilla del terrible temporal.

Acercándose a las aguas de Port Elizabet, con un maretón enorme que el gran petrolero tomaba con elegante y absoluta seguridad, subiendo y bajando olas y senos, majestuoso y firme la proa al 89° E.

El océano Índico los recibió con un sol espléndido y un horizonte limpio, nítido y muy lejano.

Eran las dos de la tarde, 14:00 hora de a bordo, corría la guardia del segundo oficial. En el puente: Miguel Medina, Carlos Bueno y Nicolás Montiel al timón.

Al cabo de unos largos minutos de sosegado silencio, Carlos, casi enfadado y sin venir a cuento, espetó:

—¿Qué pondría en el sobre que dejó junto a sus zapatillas el pobre de Pascual antes de tirarse al agua? El barco ha cambiado desde entonces, noto en la gente una tensión muy desagradable, parece como si recelasen unos de otros; y don Ernesto está abrumado, yo diría que deprimido, dicen que apenas duerme.

Otro oficial no hubiese permitido nunca que un alumno hablase así del capitán estando presente un marinero, pero con Miguel Medina todo era distinto. Los oficiales lo consideraban el mejor de los compañeros, el personal subalterno le profesaba un profundo y sincero cariño, y él, a su vez, regalaba a todos sin distinción sinceridad, cordialidad y simpatía, y una cálida y seductora confianza que le diferenciaba de cualquier otro mando de la flota. Con una mueca de ignorancia y ligera preocupación respondió a Carlos Bueno y preguntó a Montiel:

—¿Se sabe ya quién fue el primero en dar la voz de «hombre al agua»?

—No, no se sabe. Lo que sí se sabe es que esta desgracia va a traer otras mucho más grandes.

Cuando el Nico no estaba drogado con uno de sus demoleedores cócteles matutinos —una láguena turbia como su alma junto con tres optalidones— podía llegar a ser un tipo duro y muy peligroso.

A esas alturas del viaje ya toda la tripulación sabía los graves problemas que había dejado en tierra. Al parecer, su primera novia, y único y verdadero amor de su

vida, fue violada en un descampado del monte Calvario por un siniestro personaje, un tal Manolo Vargas, alias *el Calabaza*, gitano malo y solitario, de algo más de treinta años, gordo, tonto y cabezón, que había aparecido solo por las chabolas de Los Mateos tres años atrás; nadie sabía por qué, ni de dónde venía.

A Esperanza, el gran amor de Nico, morenaza de melena negra y rizada, con llamantes ojos verdes rasgados, que no sobrepasaba la veintena, la ultrajó el cerdo del Calabaza estando Montiel navegando en el anterior viaje del *Portman* a los pozos soviéticos del Novorosik.

De vuelta, cuando amarraron en la dársena de Escombreras, junto al cantil del muelle, esperaban a Nico su mujer, sus dos hijas y su cuñado el Laílla, el hermano de su esposa, un muchacho flaco y enclenque que no era nadie ni lo sería nunca; ni tampoco valía ni valdría nunca para nada.

Ya mientras bregaba tensando la estacha del largo de proa para hacer firme el barco en la maniobra de atraque, notó desde la borda, en la actitud de su mujer, que algo pasaba. Y una vez en tierra, cuando la tuvo delante, supo, incluso antes de mediar palabra, que algo muy grave había sucedido. Preguntó ansioso, y ella, temiendo su reacción, con la cabeza gacha y en pocas palabras, escueta, sin dar detalles, le contó la deshonra de Esperanza.

A Nico se le transformó la cara y exigió saberlo todo. Las muchas ganas que, como siempre, tenía de acostarse con su mujer después del viaje, se transformaron en un deseo aún mayor de echarle el guante al guarro hijoputa violador. No tardaría en hacerlo.

Nada más llegar a su casa cogió una red y un saco grande de cáñamo y, junto con su hermano, fue directo a la chabola, en la falda del poniente del Cabezo de los Moros, donde vivía el Calabaza. Le dieron una patada a la puerta. Al cerdo no le dio tiempo a reaccionar, apenas intentó levantarse ya le habían echado encima la red, propinándole golpes a diestro y siniestro con los gruesos bastones que llevaban consigo, hasta que el depravado idiota quedó medio inconsciente. Lo metieron en el saco, y entre los dos lo echaron en la parte de atrás de una vieja furgoneta Citroen 2CV.

Pistoneando y bamboleándose como una tartana, el enclenque automóvil bajó las tortuosas calles de tierra dura repletas de baches del barrio de Los Mateos, y se encaminaron en busca de la cueva Victoria en la ladera del monte Calvario, no muy lejos de donde Esperanza fue violada. En una carretilla de manos que guardaban en la furgoneta, montaron y amarraron el saco con la obesa humanidad del Calabaza, que reprimió un grito al recibir un violento golpe de bastón y una enérgica y amenazadora orden de silencio de Nico.

El marinero conocía como la palma de su mano la laberíntica cueva, que primero fue mina de plata y después refugio de piratas y contrabandistas.

Con la carretilla por delante, y alumbrados con una linterna de petaca, se internaron en lo más profundo de la cueva hasta llegar a una cámara donde, incrustadas en la pared, había varias argollas de hierro, posiblemente desde tiempos de los romanos, cuando en la entonces mina de plata trabajaban esclavos cautivos de las tropas de Aníbal. Nico buscó en el bolsillo media vela gruesa ya usada, la encendió y en un reborde de la pared dejó caer unas gotas de cera, aplastó la base en ellas y la bujía quedó erecta como un faro iluminando la mazmorra. Sacaron del saco al Calabaza, quieto y encogido, presa del pánico. Con dos metros de cadena y un par de candados le rodearon el cuello y lo dejaron sujeto a una de las argollas como un perro sarnoso.

A la mañana siguiente, muy temprano, poco antes del amanecer, Nico volvió solo, con una garrafa de plástico llena de agua y una bolsa con higos secos y almendras. Al cabo empezó a oír los gemidos y alaridos de terror del Calabaza. Esta vez con menos prisas y sin riesgos, utilizó un carburador de minero para alumbrarse; en un bolsillo guardaba otra media vela y la linterna. Cuando llegó apestaba, el pobre infeliz había defecado en sus piojosos pantalones, la cara de espanto que observó al alumbrarle con la llama del carburo reflejaba mucho más pánico del que nunca hubiese podido llegar a imaginar. Al ver a su víctima, la furia y la ira volvieron a apoderarse de él, recordando lo que aquel hijoputa había hecho a su chica, pero... dominó las ansias de matarlo y le dio agua.

—Me has jodido lo único bonito que tenía en la vida. Ya no podré pensar en mi *payica* como pensaba antes —dijo con profunda tristeza.

—¡Suéltame, por favor!, ¡suéltame, por favor! —gemía y suplicaba el Calabaza.

Nico derramó cerca del cautivo la bolsa con higos y almendras, para que comiese del suelo como un animal y el suplicio horroroso de la soledad en las tinieblas fuese lo más prolongado posible. Dejó a un lado la garrafa de plástico medio llena con agua, a la que cercenó la parte de arriba con su navaja marinera de punta chata, para improvisar, como tenía planeado, un cubo donde pudiese beber el cerdo que había ultrajado a su chica y hecho añicos un recuerdo constante y maravilloso, y una única y última esperanza de llegar a ser mejor.

—Te vas a pudrir aquí *ahogao* en tu propia mierda como el puto puerco guarro que eres.

—¡No me dejes aquí, no me dejes aquí!

Suplicaba llorando, cuando Nico, impasible, encendió la segunda media vela, dejó caer otras gotas de parafina sobre los restos de la anterior y la pegó de pie encima. La cámara del miedo quedaría iluminada por un tiempo finito que se iría

agotando lentamente. Dejó atrás los alaridos y el llanto del violador y se apresuró a salir conteniendo la cólera que le hacía arder en deseos de machacarle el cabezón con una piedra enorme que acababa de ver cerca.

Llegó rápido a su casa para, igual de rápido y como el que se aprovisiona de víveres, volver a llevar a su mujer a la cama.

El *Portman* vaciaba su enorme vientre surtiendo de crudo a la siempre hambrienta refinera, que a su vez tenía que proveer sin descanso a la sociedad de consumo, cada día más acelerada e inhumana, que amenazaba con devorarse a sí misma; zarpar seguido con rumbo al Golfo Pérsico o a cualquier otro cargadero del mundo en busca otra vez del oro negro para un mundo sumido en grandes cambios, un mundo que, por fin, quería empezar a ser justo, que parecía estar acorralando a los poderosos, un mundo donde se desplomaban día a día las murallas que separaban a las clases sociales, que comenzaba a darle la espalda a las armas y a los ejércitos, un mundo que se estaba quitando el alambre de espino de la represión sexual, un nuevo mundo que parecía no dejarse engañar por la máquina de la producción y el consumo, que cantaba nuevas canciones y buscaba sin encontrar nuevos valores; pero a pesar de ello, y como casi siempre, un mundo inmerso, entre otras, en una nueva guerra en Tierra Santa y, como todas, indeseada y obligada por unos pocos.

Cinco días antes, el 6 de octubre de 1973, navegando por el Egeo de vuelta a Cartagena, cargados con el pésimo petróleo soviético del Mar Negro, se cruzaron con la sexta flota de la marina de guerra de los Estados Unidos que navegaba en formación rumbo a las costas del Líbano.

El Canal de Suez seguiría cerrado por mucho tiempo, y los grandes petroleros, para suministrar combustible a Europa y Norteamérica, se verían obligados a circunnavegar África por la derrota del cabo de Buena Esperanza, en los últimos, largos, viajes de la historia de la navegación.